

La infancia en los países industrializados

J. L. HERNANZ SANZ*

La sociedad industrial ha sido identificada como un proceso en el curso del cual se inicia un nuevo modelo de desarrollo económico que se caracteriza por la aceleración de la producción, de la productividad y de la inversión, así como por una tendencia continua a la innovación, lo que da como resultado un crecimiento constante y autosostenido, instaurándose el beneficio como factor dominante de la economía, con lo que se produce un cambio radical en las condiciones de vida y trabajo.

Cuando nos referimos a los países industrializados estamos hablando de los países en los que la tecnología industrial constituye el motor fundamental del desarrollo. En la tabla I se especifican estos países según el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) (1). Como consecuencia de la desaparición de la Unión Soviética ha aparecido un grupo de países independientes que figuran en la tabla II (1), reuniendo alguno de los cuales características propias de los industrializados.

A lo largo de las últimas décadas se han producido importantes avances para la infancia en los países industrializados en términos de salud, tasas de desarrollo físico, nivel educativo y reducción de discapacidades. Ahora bien, en el momento ac-

tual, existen indicios de que el progreso ya no es tan rápido e, incluso, podría haberse iniciado un retroceso, sobre todo en el

TABLA I.
PAÍSES INDUSTRIALIZADOS (UNICEF)

ALBANIA	IRLANDIA
ALEMANIA	ISRAEL
AUSTRALIA	ITALIA
AUSTRIA	JAPÓN
BÉLGICA	NORUEGA
BULGARIA	NUEVA ZELANDA
CANADÁ	PAÍSES BAJOS
DINAMARCA	POLONIA
ESLOVAQUIA	PORTUGAL
ESPAÑA	REINO UNIDO
EE.UU.	REPÚBLICA CHECA
FINLANDIA	RUMANIA
FRANCIA	SUECIA
GRECIA	SUIZA
HUNGRÍA	YUGOESLAVIA (anterior)

TABLA II
PAÍSES INDEPENDIENTES PROCEDENTES
DE LA ANTIGUA UNIÓN SOVIÉTICA

ARMANIA	LITUANIA
AZERBAIYAN	MOLDAVIA
BIELORRUSIA	FEDERACIÓN RUSA
ESTONIA	TAJIKISTAN
GEORGIA	TURKMENISTAN
KAZAJSTAN	UCRANIA
KIRGUISTAN	UZBEKISTAN
LETONIA	

* Hospital «Nuestra Señora de Sonsoles». Servicio de Pediatría. Avila.

mundo angloamericano. Un informe sobre la infancia en diez países industrializados, preparado por el Instituto para la Innovación en Política Social de la Universidad de Fordham (2), basado en cuatro datos (mortalidad infantil, gasto público en educación, suicidios en adolescentes y distribución del ingreso) revela un avance continuado en los últimos veinte años, salvo en los Estados Unidos (EE.UU.) y el Reino Unido, donde la situación de la infancia se ha deteriorado con respecto a 1970. Se puede afirmar que, en los países industrializados, se mantiene la pobreza, a la vez que comienzan a surgir nuevos problemas (2).

La pobreza afecta a una proporción significativa de la infancia en casi todos los países industrializados, entre un 5 % y un 20 %, donde siguen viviendo en condiciones donde no está garantizada la satisfacción de las necesidades básicas en materia de nutrición, salud y educación primaria. En el país más rico del mundo esta proporción se ha incrementado; así, el porcentaje de niños y niñas de EE.UU. que viven bajo el nivel nacional de pobreza ha pasado de 15 en 1970 a 20 en la actualidad (2), superior al doble de la registrada en cualquier otro país industrializado, siendo la situación más dramática, quizás, las de los niños sin hogar, cuyo número ha aumentado en los años ochenta, siendo niños el 20 % de las personas sin hogar. Las principales causas de la pobreza infantil en los países industrializados son el aumento del desempleo, la reducción de los salarios de los trabajadores no cualificados, el aumento del número de divorcios, y del número de familias monoparentales. Todo ello va unido a la insuficiencia de las políticas fiscales y de servicios sociales para mitigar la pobreza así como el incremento del costo real de la vivienda. Consecuencias directas de la pobreza son el trabajo infantil y, en ocasiones, la prostitución.

El trabajo infantil está prohibido en todos los países, aunque existe un abismo entre la ley y la práctica. Para una familia pobre, el trabajo del niño permite completar los ingresos familiares y para los niños de la calle es el único medio de sustento. La necesidad de sobrevivir les hace perder posibilidades de instrucción e interacción social normal en la fase más crítica de la vida (3). Apenas les queda tiempo para jugar y explorar el mundo circundante, establecer vínculos familiares, etc.; en suma, vivir la niñez. En cualquier caso, constituyen una mano de obra barata y fácil de explotar. Su categoría laboral seguirá siempre siendo baja y, lo más probable, es que se pasen la vida haciendo trabajos rutinarios. Sucede, además, que la expectativa de salud se ve afectada por este gran drama que es la pobreza. Así, las probabilidades de que un niño menor de cinco años goce de una salud excelente son un 33 % menores en las familias pobres que en las más acomodadas, que aumenta a un 50 % en el tramo de 5 a 17 años; y en ese mismo grupo de edad las faltas a la escuela con enfermedades crónicas o agudas son 1,5 veces más frecuentes entre los más pobres. Los niños pobres, también, están dos veces más expuestos que los ricos a sufrir impedimentos físicos o mentales u otros trastornos crónicos que perturben la actividad cotidiana (4), y la tasa de mortalidad infantil es mayor en situaciones de pobreza. En la mayoría de los países industrializados persiste la subnutrición entre los grupos más pobres, pero el problema de nutrición infantil más frecuente es la obesidad. En los EE.UU., se estima que uno de cada ocho niños pasa hambre; en las Antiguas Repúblicas Soviéticas la desnutrición amenaza alcanzar niveles significativos con el deterioro de los salarios frente al incremento de los precios de los alimentos; en Albania una tercera parte los niños están desnutridos (2).

Otro de los problemas, que surge como consecuencia de los cambios económicos y sociales producidos en los países industrializados, es la creciente carencia de atención que sufren los niños por parte de sus padres, en términos de tiempo y dedicación (2). En primer lugar, la reestructuración de la familia se ha visto influenciada por la transición de la sociedad rural, basada en la agricultura, a la sociedad urbana, orientada hacia la industria. En el mundo industrializado, la familia es nuclear, en contraposición a la familia extendida, amplia, propia de las sociedades rurales. En segundo lugar, en estos países se ha producido, en mayor o menor medida, un rápido aumento de la proporción de madres que trabajan fuera de casa. En un pequeño número de casos se trata de nuevas oportunidades para desempeñar carreras interesantes y satisfactorias; pero la mayoría de las madres que trabajan fuera de su casa lo hacen en empleos no cualificados y de status y salarios bajos. Los divorcios o abandonos influyen en esta situación, pero un motivo importante es la falta de ingresos para sacar adelante a la familia con un solo salario. En EE.UU. el número de mujeres que trabajan fuera del hogar ha pasado de un 30 % en 1960 a un 66 % en 1988, en parte para compensar la reducción del 20 % en los salarios durante el mismo período. En el Reino Unido, donde los precios de la vivienda se han triplicado en términos reales desde 1970, alrededor de un 40 % del ingreso familiar medio se destina al pago de hipotecas y la mayoría de los hogares necesitan dos salarios (2). Sucede, además, que las jornadas de trabajo están aumentando en muchos casos, a menudo para evitar el desempleo en un clima económico cada vez más competitivo. Como resultado inevitable, muchos padres pasan mucho menos tiempo con sus hijos, estimándose que en EE.UU., los padres, en la actualidad, pa-

san una media de 10-12 horas menos con sus hijos que en 1960. Por si ello fuera poco, si los padres llegan cansados y con estrés, será insuficiente el tiempo y las energías que podrán dedicar a establecer, con sus hijos, un tipo de relación capaz de fomentar en ellos seguridad, autoestima, disciplina, respeto, así como capacidad de ser felices y de contribuir a la felicidad de otros (2).

Por otra parte, el número de familias monoparentales está aumentando en la mayoría de los países industrializados como consecuencia de los divorcios, los abandonos y los embarazos no deseados. En EE.UU., la proporción de niños y niñas que crecen sin la presencia del padre, ha pasado de un 10 % en 1960 a un 25 % a finales de la década de los ochenta, siendo el incremento aún mayor en el Reino Unido, donde la cuarta parte de los nacidos en 1990 eran hijos de madre soltera (2). Algunos países han ampliado claramente la protección a la infancia frente a estas tendencias; así, Japón y los países de Europa meridional parece ser que son en los que menos se ve erosionado el apoyo familiar y comunitario a los padres en su tarea educativa. En gran parte de Europa, incluida España, se han reducido progresivamente la semana laboral y han mejorado los derechos y prestaciones asociadas al nacimiento de un hijo. En los EE.UU., en cambio, alrededor del 60 % de las trabajadoras no reciben ninguna prestación ni tienen garantizada la conservación del empleo cuando tienen un hijo (2).

Las crecientes presiones sobre la vida familiar comienzan a tener un inquietante reflejo estadístico en casi todos los países industrializados. En muchos países se registra una continua elevación de las tasas de abandono y bajo rendimiento escolares, de denuncias de malos tratos y abusos sexuales contra niños y niñas, de violencia y

suicidios en adolescentes, de trastornos asociados a la alimentación, la criminalidad, el alcoholismo o las drogas, y de tendencias de más difícil cuantificación como son el desafecto, la desmoralización y la falta de ilusiones (2). Estos síntomas son cada vez más visibles en hogares y comunidades no afectadas por la pobreza económica y revelan las tensiones que pesan sobre la vida y las relaciones familiares. Los patrones y el alcance del proceso difieren de un país a otro, pero el rasgo común es la devaluación de la tarea de los padres y, con ella, la erosión de la calidad de vida de las niñas y niños del futuro de la sociedad (2).

La deserción y bajo rendimiento escolar tienen muchas causas. Pero el motivo subyacente más importante suele ser que los padres, los hijos, o ambos, llegan a la conclusión de que la calidad o beneficios potenciales de la educación ofrecida no compensa el esfuerzo que supone la permanencia en la escuela. Pero cualquiera que sean las circunstancias, los beneficios deben percibirse como algo real, es decir, la educación tiene que ser vista por la población como un poderoso instrumento de desarrollo, donde el niño va a aprender a convivir y a participar en la construcción de la sociedad, preparándose a compartir la responsabilidad de encontrar soluciones a los problemas sociales. Es necesario que los niños y jóvenes permanezcan en la escuela el tiempo necesario, como mínimo, para aprender a leer y escribir y adquirir conocimientos de cálculo, así como actitudes y habilidades básicas que les capaciten para mejorar sus circunstancias y hacer frente a los múltiples cambios que se aproximan en una sociedad cada día más dinámica.

El maltrato infantil ha existido siempre, desde el comienzo mismo de la humanidad. Podemos considerar al maltrato «como cualquier acción u omisión no acci-

dental por parte de padres o cuidadores, que comprometa la satisfacción de las necesidades básicas del menor». Existe dificultad para disponer de cifras suficientemente fiables debido a la falta de conocimiento y sensibilización en el tema, así como el temor a las implicaciones jurídicas y la usual falta de coordinación de profesionales e instituciones (5). No obstante, los casos de maltrato infantil (físico y psíquico) han aumentado en las últimas décadas, constituyendo un problema de toda la sociedad de magnitud mayor de los que suele considerar. Las causas que conducen al maltrato infantil son diversas y se enmarcan tanto en la esfera social como familiar y personal. La explotación sexual es una forma de maltrato, y puede ser física, psicológica o ambas a la vez. Cualquiera que sea, se trata de una violación extrema del cuerpo y del espíritu del niño. Es además, un problema común a todas las sociedades, y cualquier niño puede ser objeto de abuso sexual, si bien, los niños víctimas de la pobreza son los más susceptibles. El adulto siempre es responsable de la explotación sexual, cualquiera que sea la actuación del niño. Toda la sociedad está involucrada en el intento de disminuir y erradicar esta lacra, pero los profesionales sanitarios y, en concreto, los pediatras están especialmente implicados, correspondiéndoles la detección e información de cada caso concreto, actuando coordinadamente con otros profesionales e instituciones.

La violencia es un mal en aumento. En el mundo entero la infancia experimenta cada vez más violencia en la vida cotidiana sea directa o indirectamente. En el mundo industrializado la calle constituye la amenaza más grande para la vida de los niños bajo la forma de accidentes de circulación; siendo los accidentes de tráfico la primera causa de mortalidad y de graves lesiones en la infancia (6). El niño que no experimenta la violencia directamente en su car-

ne está harto de escenas violentas en su entorno o en los medios de comunicación, especialmente en televisión. Expresión máxima de la violencia a la que se ve sometida la infancia la constituyen las situaciones de guerra, como sucede en el momento actual, en la ex-Yugoslavia. En otras épocas las principales víctimas de la guerras eran los soldados. Ahora ya no es así. Aparte de los niños y niñas que pierden la vida, otros quedan discapacitados física o psíquicamente, y un número mayor sufre deterioro en su salud, nutrición y educación, como consecuencia de la falta de alimentos, asistencia médica y ausencia de enseñanza. Además, la violación de niñas se ha utilizado como arma de guerra, aparte de la tortura (1). Una vez instalada la paz, las heridas infligidas por la guerra tardan mucho en curarse, y algunas son tan profundas que nunca se cierran. Las muertes por homicidios también están aumentando en los países industrializados, si bien, a la cabeza figura EE.UU., donde ocurren nueve de cada diez homicidios registrados en estos países y donde el 30 % de los niños residentes en zonas degradadas de las grandes ciudades han visto morir a alguna persona conocida antes de cumplir los 15 años (2). Los suicidios de jóvenes también están en aumento, encabezando la lista Australia, Noruega, Canadá y Suiza, habiéndose incrementado en casi todos los países industrializados la tasa de suicidios en los últimos veinte años, duplicándose, con creces, en España y Noruega (2). El niño que no experimenta la violencia directamente en su carne está harto de que se lo presenten en los medios de comunicación, especialmente en televisión, donde tiene lugar una reiteración de escenas violentas gratuitas, donde la violencia es, la mayoría de las veces, por no decir siempre, no un medio para conseguir un fin honroso, sino un objetivo por sí mismo. Es tanta la densidad de lo

vandálico y morboso que acabamos por acostumbrarnos por saturación (7). El establecimiento de códigos éticos por parte de los propios profesionales, un mayor control por parte de los padres y educadores, y algunas restricciones para la emisión por parte de las autoridades, puede ser la solución y, parece ser que por ese camino se avanza.

La adición a las drogas y la criminalidad asociada a la misma ha crecido paulatinamente. Uno de cada cinco niños británicos de ocho a nueve años de edad han probado el alcohol (y uno de cada diez ha fumado tabaco en alguna ocasión). Cada año se estima que nacen en EE.UU. unos 375.000 niños expuestos a los efectos de las drogas (1) con lo que ello implica a corto y largo plazo para la salud y el bienestar de los niños.

En cuanto al SIDA en los niños de los países industrializados, la gran mayoría de los niños son hijos de madres portadoras del VIH, secundariamente a adicción a drogas por vía parenteral o contagio sexual. En torno a 40.000 niños serán huérfanos a causa del SIDA en Nueva York en el próximo decenio (8). Las posibilidades de desarrollar una vacuna antes de finalizar la década siguen siendo especulativas, por lo que la mayor esperanza reside en el terreno de la prevención sobre todo a través de la educación para la salud, evitando las drogas por vía parenteral y desarrollando una educación sexual adecuada, principalmente en los jóvenes.

Los científicos y los responsables políticos en materia de salud han comenzado a señalar que la infancia es uno de grupos más vulnerables frente al continuo deterioro del planeta, si bien, al encontrarse en pleno proceso de desarrollo físico y psíquico, los niños pagan un precio mucho más alto que los adultos. Todos los niños padecen los efectos de dicho deterioro;

aunque la naturaleza de los problemas difieren de una región a otra. En el mundo industrializado las amenazas en curso para la salud de los niños son claras y urgentes: la polución del aire y el agua, la contaminación de la cadena alimentaria, el humo del tabaco, el tráfico de los automóviles y las malas condiciones de habitabilidad en los centros urbanos (6).

La xenofobia y el racismo militante están aumentando. Prácticamente a diario aparecen en los medios de comunicación noticias en ese sentido. La educación intercultural se hace imprescindible para todos los niños, enseñándoles a amar su cultura e identidad, respetando otras diversas.

Los cambios políticos producidos en los últimos años en los países de Europa Central y del Este, con la transición a la democracia y la orientación hacia una economía de mercado, obligan a reformas y reajustes en profundidad, que si no van acompañadas de medidas sociales, tanto públicas como privadas, los niños, y los grupos de población más desfavorecidos, son los que sufren más directamente las consecuencias de estos cambios, que causan una alta tasa de desempleo, reducción de los ingresos de las personas empleadas, así como una tasa de inflación no alcanzada anteriormente. Con todo ello se reduce notablemente el poder adquisitivo de las familias. La reducción de los subsidios no hace otra cosa que agravar dicha situación aumentando el número de personas que viven bajo el nivel de pobreza. En estos países existen indicadores de problemas graves, como son: un aumento de las tasas de mortalidad infantil, una reducción del consumo de alimentos, menor acceso a ciertos medicamentos esenciales, reducción de la enseñanza preescolar y un aumento gradual de las personas desamparadas. Esto afecta especialmente a los niños, la generación que debería obtener mayores be-

neficios de este giro histórico y de la que depende el futuro de la región. Así, en Albania, al que cuarenta años de comunismo estalinista le han convertido en el país más subdesarrollado de Europa, la situación de los niños es, incluso, peor que en algunos de los países llamados tercermundistas; y donde en torno al 30 % de la población infantil padece desnutrición y la mortalidad infantil se ha duplicado desde 1989, alcanzando una tasa del treinta por mil (9). Muchos de estos países padecen tensiones nacionalistas, falta de respeto por los derechos de las minorías, intensificación de la delincuencia juvenil, aumento de los niños de la calle y deterioro masivo del medio ambiente. Estas situaciones pueden poner en peligro el proceso de transición y fomentar migraciones hacia la Europa Occidental que, sin duda, exacerbaría la xenofobia ya presente, y daría lugar a una fuga de cerebros de esos países, con el consiguiente perjuicio para su desarrollo. Fortalecer las políticas sociales que garanticen el acceso seguro de la población a la salud básica, a la educación y servicios de cuidado infantil y el mantenimiento del ingreso mínimo familiar, entre otros, constituye un imperativo moral y una mediación útil que asegurará la estabilidad política y social.

El fin de la guerra fría, el hundimiento del comunismo soviético, el vasto movimiento hacia la democracia política y la reforma económica, han alimentado, en todo el mundo, la esperanza de que este fin de siglo pueda finalizar de forma optimista, por desastroso que fuera su inicio.

En los países industrializados es necesario movilizar recursos que deben ir destinados a mitigar los problemas sociales que se padecen así como reparar el daño causado en el medio ambiente. La relación entre crecimiento económico y satisfacción de las necesidades básicas no es automática. La economía de mercado no ofrece la pa-

nacea para el progreso social. Es preciso compensar la tendencia inherente a las fuerzas del mercado en favor de los más privilegiados. Por ello, es necesario establecer mecanismos correctores oportunos a través de políticas para que existan unas mejores condiciones de vida en los más desfavorecidos. De lo contrario, el resultado serán unas sociedades en las que seguirán aumentando las desigualdades económicas, donde el beneficio económico sea prioritario, mientras que las necesidades humanas cuenten muy poco. Con la apertura comercial, las multinacionales escapan de las leyes laborales y medioambientales impuestas por los países más desarrollados, en busca de aumentos de la productividad y recortes en los gastos de producción conducentes a un beneficio económico inmediato. Ahora bien, a medio plazo, se produce paro, se retrae el consumo y desincentiva la inversión en los países desarrollados.

Del mismo modo, debemos actuar para evitar las influencias negativas del medio ambiente, aunque la única forma de salvarle sea renunciar a un modo de vida despilfarrador, a un cierto confort, a ambiciones de hacer dinero fácil y rápido. Los países industrializados, en suma, deben replantear su propia definición de progreso, ante la incertidumbre existente sobre el progreso material, a la vista de que el mismo no puede ser ilimitado. Hay que intentar mejorar la calidad de vida con un menor impacto en el ambiente. Para lograr un desarrollo ambientalmente saludable y sostenible se requerirá una actuación mucho más amplia de las organizaciones de las Naciones Unidas y de los gobiernos. La cooperación mutua es de importancia crucial. Sólo será posible obtener justicia para la infancia y para las futuras generaciones si existe una gran alianza promotora de concienciación, movilización y acción que abarque desde los

individuos y las comunidades hasta los gobiernos y los dirigentes mundiales (10). El estado de nuestra infancia y el estado de nuestro medio ambiente constituyen los índices más reveladores del estado de nuestra civilización y de nuestro futuro como especie. Si se pretende que el siglo XXI sea más beneficioso para la humanidad de lo que ha sido el siglo XX, es esencial que el principio de «máxima prioridad» en favor de la infancia se convierta en parte integral del nuevo pensamiento político.

Tras la Declaración de Ginebra sobre los Derechos del Niño (1924), la Declaración de los Derechos Humanos (1948) y la Declaración de los Derechos del Niño (1959), en el mes de noviembre de 1989 se aprobó, por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas, la Convención de los Derechos del Niño, tras un decenio de complicadas negociaciones. Menos de un año después la Convención cosechó las veinte ratificaciones necesarias para convertirse en instrumento jurídico internacional. En poco más de tres años, 141 países habían ratificado la Convención o la habían puesto en práctica en sus territorios, con lo que un 90 % de los niños del mundo viven en países en los que la Convención ha sido ratificada, esperando que para el año 1995 la ratificación sea universal. En cuanto a instrumentos internacionales, las Declaraciones son afirmaciones de principios generales aceptados por los gobiernos, pero que no conllevan obligaciones específicas en cuanto tales. Al adoptar la Convención sobre los Derechos del Niño, la Asamblea General de las Naciones Unidas reconoció que los niños tienen necesidades y derechos humanos que se extienden mucho más allá de los conceptos básicos de protección. Con la ratificación de la Convención, las cláusulas adquieren un carácter vinculante para los gobiernos, que se comprometen plenamente

con sus disposiciones y a responder a la comunidad internacional en caso de no cumplirlas. La entrada en vigor de la Convención plantea a las Naciones Unidas un desafío especial: ayudar a los estados a llevarla a la práctica. Corresponde a la sociedad (opinión pública, medios de comuni-

cación, Organizaciones no Gubernamentales, etc.) recordar a los dirigentes políticos los compromisos contraídos para que las palabras de la Convención no se queden en un papel y se conviertan en realidades modificadas para los niños.

BIBLIOGRAFIA

1. UNICEF: *Estado Mundial de la Infancia 1994*. Barcelona 1994.
2. UNICEF: *El Progreso de las Naciones 1993*. Barcelona 1993.
3. FORASTIERI, V.: *El trabajo de los niños*. Salud Mundial nov.-dubre. 1992; 8-10.
4. CHILDREN'S DEFENSE FUND: *The State of America's Children 1991*. Washington DC 1991.
5. GÓMEZ DE TERREROS, I.: *El maltrato infantil en nuestro medio*. En Distinciones WANDER. Barcelona 1992; 22-35.
6. TRACKMAN, L.: *Los niños ciudadanos del futuro*. Anales NESTLE. 1992; 50/3: 110-117.
7. DE MIGUEL, A.: *Televiolencia*. En ABC, 12-12-93. Análisis: XIII.
8. SIERATZKI, H.: *La vida en las ciudades y el niño*. *Problemas de hábitat y ambiente social*. Anales NESTLE. 1992; 50/3: 118-125.
9. UNICEF: *Estado Mundial de la Infancia 1992*. Barcelona 1992.
10. UNICEF. PNUMA: *La Infancia y el Medio Ambiente*. Nueva York 1992.

Petición de Separatas:

JOSÉ LUIS HERNANZ SANZ
Alfonso de Montalvo, 26, 3.º B.
05001 AVILA